

los , amenazándole , que cuando no lo hiciese , preparase el cuello al cuchillo ; pero el horror que le causó la sacrilega impiedad á que queria precisarlo , y la heroica constancia con que se negó á cometerla , redobló la crueldad del pagano en términos , que lo decapitó inmediatamente. No tardó el Señor en acreditar con admirables maravillas lo agradable que le habia sido el sacrificio de su fidelísimo siervo ; pues luego que se ejecutó el injusto atentado , cogiendo el cadáver con las manos la cabeza , se condujo con ella al lugar donde descansaban las reliquias de los innumerables mártires , cuyos cuerpos habiéndolos mandado quemar el bárbaro Daciano , se convirtieron sus cenizas en una masa de exquisita blancura , con los que se incorporó el Santo , señalando por sí mismo el lugar de su sepultura.

En el lugar de su martirio se fundó despues bajo su invocacion un convento de la órden de la santísima Trinidad. Guárdase en él un pedazo de la zarza que consta por tradicion haber sido plantada por el Santo en el mismo sitio , la cual dice el P. Murillo que se conserva tan sólida , tan entera y tan sin carcoma , como si acabára de plantarse.

Zaragoza venera á S. Lamberto como á su especial abogado. Acrecentóse esta devocion desde los tiempos de Adriano VI con el ejemplo de este sumo pontifice , y tambien con el prodigio de haber salido sangre fresca del sagrado cuerpo habiendo cortado de él una quijada.

SAN JOAQUIN DE SENA, CONFESOR, DEL ÓRDEN DE LOS SERVITAS.

FUÉ natural de Sena , y de la noble familia de Palacani. Apenas habia llegado al uso de razon , cuando descubrió una inclinacion dichosa á la piedad. Parecia haber mamado con la leche de su madre una devocion muy singular á la Virgen María , y su mayor delicia en su niñez era orar ante su imágen , ó altar , y repetir muchas veces , y en todo lugar , la salutacion angélica del Ave María. No era menos extraordinaria que su devocion su caridad para con los pobres. Desnudábase para vestirles , y aliviarles , y cuanto le daban para su uso lo distribuia en los pobres , no cesando además de esto de molestar continuamente á sus padres en favor de los necesitados : reprendióle un dia su padre , y le dijo , que era necesario que la prudencia pusiese límites á su liberalidad , ó veria á toda su familia reducida á la mendicidad é indigencia. El jóven compasivo respondió con mucha modestia : *Vos mismo me habeis enseñado , que las limosnas se*



B. JOAQUIN C.

dan á Jesucristo en las personas de los pobres; ¿podreis rehusarle alguna cosa á aquel Señor? ¿Y qué mayor ventaja es la del rico que el poder atesorar opulencias en el cielo? El padre lloró de alegría al escuchar unos sentimientos tan generosos de virtud en una edad tan tierna, y tan amables á él. Algunas veces llamaba el padre á mediá noche á su tierno hijo á que le acompañase en sus devociones, para las que mientras otros dormian él se levantaba sigilosamente de su lecho. A los catorce años de su edad recibió el Santo el hábito religioso de mano de S. Felipe Beniti en el de 1272, y llevado de la devocion á la Madre de Dios tomó el nombre de Joaquin. Tal fué su fervor desde el primer dia que entró en el convento, que los mas adelantados le miraban como modelo. Todas las virtudes estaban en él brillantísimas; pero ninguna con mas admiracion que su grande espíritu de oracion, y su extraordinaria humildad, y amor al abatimiento. Resistió fortísimamente á cuantas instancias y diligencias se pudieron hacer con él, para elevarle al sacerdocio, cuya dignidad habia mirado siempre con temor. Ayudar la misa era el fuerte de toda su ambicion, y las mas veces asistia á este adorable sacrificio con raptos de adoracion.

Ayudando á misa el dia de la Asuncion de la Virgen, le acometió el accidente de epilepsia, y cayó sin sentido en tierra, quedándose suspendida en el aire la vela que habia tomado en la mano al tiempo de la elevacion, y manteniéndose así todo el que le duró el accidente. Muchas veces le vieron absorto en Dios, y rodeado de un brillante resplandor, casi tan resplandeciente como el del mismo sol. Estremeciáanse los demonios al oír el nombre de Joaquin, y libró á muchos endemoniados pronunciando los dulcísimos nombres de Jesus y de Maria. Apenas habia enfermó á quien no diese salud, y á todos inspiraba, por lo menos, deseos eficaces de padecer sus dolores y enfermedades con paciencia. Hacia grandes y frecuentes conversiones, siendo un mudo pero elocuente sermón todo cuanto en él se veia; su semblante estenuado y prudente, su dulzura, su modestia, su paciencia y su afabilidad.

Su delicia era los oficios mas penosos y humildes de la comunidad; porque nunca está mas satisfecha la verdadera humildad, que cuando la abaten humillaciones y la oscuridad, así como la soberbia halla todo su deleite en las acciones públicas y grandes, que atraen la atencion de los demás. La vida toda de este Santo parecia un continuado estudio de ocultarse de los hombres, y de vivir escondido del mundo; pero cuanto mas huia de la estimacion de otros, tanto mas le perseguia adonde quiera que estaba.

Viéndose demasadamente querido y respetado en Sena, suplicó con muchas instancias á su general, que le pudiese en alguna casa muy remota de su orden, donde esperaba vivir desconocido. Concediósele el retiro de Arezzo; pero apenas se supó su partida cuando se alborotó toda la ciudad de Sena, hasta que por apaciguar al pueblo, fué vuelto á traer á su patria, en que continuó hasta su muerte, siendo gloria de aquella, y con sus oraciones su ejemplo y sustentáculo; y honróle Dios con milagros tanto antes como despues de su muerte, que sucedió á 16 de abril en el año de 1305, el cuarenta y siete de su edad. Los papas Paulo V y Urbano VIII concedieron á su orden la licencia de celebrar su festividad con oficio. Véase su vida escrita por Attavanti, presbítero del mismo orden en Florencia: á Gianí tambien en sus Anales, etc.

La Misa es en honor de Santo Toribio, y la oracion la que se sigue:

Oid, Señor, las súplicas que que tan dignamente mereció
os dirigimos en la solemnidad serviros, concédenos el perdon
de vuestro bienaventurado con- de nuestros pecados. Por nues-
fesor y pontífice Toribio, y por tro Señor, etc.
los méritos é intercesion del

*La Epístola es del cap. 44 y 45 del Eclesiástico, y la mis-
ma que el dia XI, pág. 179.*

REFLEXIONES.

Halló gracia delante del Señor. Esta es la mayor fortuna que puede hacer el hombre; este es el elogio mas magnífico que el hombre puede merecer, y esta es toda la felicidad del hombre. Hallar gracia delante de Dios, es ser agradable á sus divinos ojos, por su inocencia y por su piedad; es ser favorecido, y es gozar de su benevolencia y de su amistad. Si el favor de los grandes del mundo colma de bienes y de honras á los que le consiguen; ¿qué honras y qué bienes no producirá el favor de Dios? Pero con esta diferencia, que el favor de los príncipes puede llenarnos de tesoros, mas no es capaz de dar mérito, cuando la gracia de Dios es todo el mérito de la persona, porque es inseparable de la virtud. *Agradó á Dios, y hallóse que era justo.* Sin justicia, esto es, sin virtud y sin inocencia, es imposible agradar al Señor. Pero ¿dónde hay fortuna mas sólida? No hay

cosa mas superficial ni mas vacía, que la imaginaria felicidad de los dichosos del siglo. ¿Cuándo se halló siquiera uno que estuviese contento con su suerte? Crece la ambicion con los bienes y con los honores; y esta insaciabilidad es la mayor prueba de una verdadera indigencia. No hay cosa que pueda saciar, ni contentar el corazón del hombre: la seguridad de que algun día se ha de perder todo, turba el gusto de la posesion. Las riquezas mas opulentas, y los honores mas elevados, á lo sumo no son mas que una brillantez que deslumbra, y un humo que se sube á la cabeza: engañan y aturden por algun tiempo, y en eso consiste toda esa soñada felicidad. Esas revoluciones de fortuna, y esa continua alternativa de bienes y de males, ¿qué otra cosa nos están predicando? Sábese muy bien, y se dice á cada paso, que ya es estrella de los favorecidos el no serlo nunca hasta el fin, ó porque los príncipes se cansan de ellos, cuando no tienen mas que dar, ó porque ellos se cansan de los príncipes, cuando no tienen mas que recibir. No sucede lo mismo con los que han merecido la gracia del Señor: sus bienes hartan sin fastidio; hacen á sus favorecidos respetables sin fuerza, dichosos sin emulacion, y no están ni sujetos al capricho, ni dependientes del humor, ni espuestos á las inconstancias de la vida. Consiguiese la gracia del Señor, y se mantiene uno en ella siempre que quiere, y todo el tiempo que quiere. *Si vis, es,* respondió Sto. Tomás á una hermana suya, que le preguntó como podria ser santa: *seráslo, como lo quieras ser.* Las aprehensiones, las inquietudes y la turbacion derraman mucha hiel en las prosperidades de los favorecidos: nunca es alegría pura: los zelos la inquietan; la envidia la turba; la multitud de concurrentes la consumen, y de ordinario la acaban. Por brillante que sea su fortuna siempre titubea, siempre es resbaladiza. Pero demos que llegue hasta la muerte: de allí no pasa; y por larga que sea esta duracion, es ciertamente muy corta. ¿Y qué será de ese favorecido de los grandes del mundo por toda la eternidad? Pero es uno Santo, es favorecido del Señor: la muerte aumenta el favor, y hace mas perfecta su dicha, su mérito mas brillante, y su culto mucho mas célebre, pues al cabo le eterniza. Respétanse hasta sus huesos y hasta sus podridas cenizas. *Fulgebunt justí, et tamquam scintilla in arundineto discurrant:* Brillarán los justos y resplandecerán como las centellas que corren como jugueteando por un cañaveral. (*Sap. 3.*) *Justitia enim perpetua est, et immortalis:* La justicia es permanente é inmortal. (*Ps. 5.*) Pues *Filii hominum usquequo gravi corde?* Hijos de los hombres ¿hasta cuándo habeis de gemir oprimidos bajo

esa pesadez, que abrumba vuestro pobre corazón? ¿Hasta cuándo habeis de amar la vanidad? ¿Hasta cuando os habeis de dejar embaucar de la mentira? To dos conocen esto; pero ¿quién se aprovecha de ello?

El Evangelio es del cap. 25 de S. Mateo, y el mismo que el día 1, pág. 16.

MEDITACION.

Del buen uso de los medios para lograr nuestra salvacion.

PUNTO PRIMERO. — Considera con qué bondad, con qué liberalidad, y con qué magnificencia puso Dios en nuestras manos sus propios bienes. No solamente los cielos publican su beneficencia con nosotros; la tierra, el mar, todo el universo y todas las criaturas destinadas para beneficio del hombre, nos anuncian sus misericordias: ninguna hay que no nos sirva de medio para caminar á nuestro último fin, si sabemos usar de ella. Pero no solamente hemos recibido de su liberalidad los bienes naturales, sino los sobrenaturales, mucho mas preciosos, y en mucho mayor número. Sacramentos de la Iglesia, manantial fecundo de bienes espirituales, tesoro inmenso de las misericordias de nuestro gran Dios. Gracias poderosas, dones sobrenaturales, fruto precioso de nuestra redencion: sacrificio permanente del Cordero inmaculado, víctima de precio infinito, exceso de bondad y de amor del Redentor. Auxilios diarios y continuos, medios eficaces de la salvacion; dones superabundantes, liberalidades sin medida del Salvador del mundo. El mismo Jesucristo en medio de nosotros; su cuerpo, su preciosa sangre convertida en alimento nuestro: estos son los bienes que pone Dios en nuestras manos; y todavia hay pobres, poseyendo tales bienes! S. Pablo no podia comprender esto: ¡y nosotros, por ventura lo comprendemos! Esas gracias, de que se hace tan poco caso; esas luces sobrenaturales; esas saludables inspiraciones que se ahogan, que se sofocan casi sin remordimiento, son precio de su sangre: no hay Santo que no se hubiese enriquecido con el menor de estos bienes, ninguno que no hubiese muerto colmado de merecimientos. Pero nosotros ¿qué fruto hemos sacado de ellos?

Una sola misa, una sola comunion, una sola confesion sacramental tiene virtud eficaz para santificar los mas grandes pecadores; pero doscientas comuniones, otras tantas y aun muchas mas confesiones, el sacrificio del Cordero, que quita los pecados

del mundo, no nos han borrado ni una sola culpa: con remedios tan eficaces se enferma, se desfallece, y se pierde la vida del alma. Con tantas fuentes de gracias, con tan ricos tesoros se vive en suma pobreza. Comprendamos, si es posible, un misterio de iniquidad tan incomprensible. Con medios tan poderosos y tan eficaces para ser Santos, cada día somos más imperfectos: desaparece la devoción, va por tierra la observancia, bastardea la disciplina, y se apaga la fe. ¡Pudiera un cristiano ser menos favorecido, se pudiera vivir con mayor disolución, si nos faltaran todos estos medios! ¡Oh! ¡y qué bien convence todo esto lo mal que se usa de los tesoros de gracias, que Jesucristo nos mereció, y que franqueó á todos los fieles!

PUNTO SEGUNDO. — Considera bien lo mucho que se pierde usando mal de estos auxilios, y de tantos otros como nos ofrece la Iglesia. Devociones á los Santos, ejercicios de religión á cual más piadosos, ayunos, abstinencias saludables, tesoro de indulgencias, en que se encuentra inmenso caudal para satisfacer á la divina justicia, y otras cien piadosas industrias, todas muy oportunas para facilitarnos el camino del cielo.

¡Mi Dios! ¡y cuánto perdemos por nuestra culpable ignorancia, por pura indolencia nuestra, y por una perniciosísima pereza! No hay cosa más abundante en auxilios, ni más fecunda en merecimientos que nuestra santa religión: toda está llena de medios, pero nosotros no sabemos aprovecharnos de ellos: no hay día en la vida, ni hora en el día en que no se nos presenten ocasiones de merecer. Las miserias de otros nos ofrecen sin cesar tesoros inestimables, si los queremos beneficiar: ¡qué obras de misericordia no podemos hacer! y no es necesario que sean precisamente limosnas las que hayan de enriquecernos: una palabra de consuelo á los afligidos; una visita en los hospitales á los enfermos, ó en los calabozos á los encarcelados, todo es de gran mérito cuando se hace con verdadero espíritu de caridad. La misma buena voluntad de hacer bien á los menesterosos, es largamente recompensada por el Padre de las misericordias. Pero sin salir de nuestro propio terreno, ¡qué fondo de méritos no tenemos en él! ¡cuántos pequeños sacrificios podemos hacer en la vida! ¡cuántas victorias conseguir al cabo del día! Un corto gusto, de que uno se priva por el amor del Señor, una vista curiosa, una diversion, una palabrita de chiste, sacrificado todo á Dios, pueden ser perennes manantiales de gracias, siempre que el sacrificio se haga por motivo sobrenatural. Nuestras mismas pasiones nos presentan continuas ocasiones de conseguir im-

portantísimas victorias: la mortificación de los sentidos es también una gran renta para el cielo: nuestra pobreza, nuestras enfermedades, y hasta nuestros mismos defectos los podemos aprovechar en orden á la otra vida. No hay estado, no hay sazón, no hay edad que no sea muy propia para ser santos, con la asistencia de la divina gracia, que á nadie falta jamás. Si no somos santos, ¿qué excusa tendremos? ¿ni cómo se nos puede perdonar?

Solo se hace juicio de las cosas por los sentidos, ó á lo menos por una razón puramente natural. ¿Con qué ojos miramos todos estos medios? Parece que el espíritu de la fe y de la religión está entredicho á la mayor parte de los fieles. Se vive casi sin reflexión.

¡Ah Señor, y como he usado yo hasta ahora de todos estos bienes! ¡cuanto he perdido en haberlos malogrado! conozco mis descaminos, confieso mi culpa, y detesto mi brutalidad. No permitais que sean sin fruto estas luces, y estos movimientos que me comunicais. Os prometo, Señor, con el auxilio de vuestra gracia, que aprovecharé para el cielo todos los medios que en adelante me proporcionaréis.

JACULATORIAS. — Hasta aquí, Señor, se apoderó de mi alma una profunda modorra, en todo lo que toca á mi salvación: dispartóme vuestra gracia del letargo; confirmadme en el propósito que hago de enmendarme. (*Psalm. 118.*)

Llena está, Señor, la tierra de vuestra misericordia: enseñadme á aprovecharme de ella, guardando vuestra santa ley. (*Psalm. 118.*)

PROPOSITOS.

1 Hay gran número de santos de todas edades, de todos sexos, de todas condiciones y en todos los estados que no tienen otro Evangelio que nosotros; pero nosotros no tenemos la misma fidelidad que ellos: no tuvieron ni más auxilios, ni más medios, pero supieron aprovecharlos mejor. No se agotaron las liberalidades del Padre de las misericordias, no se ha encogido su mano; pero nosotros no queremos negociar con nuestros talentos. ¿Cuántos los sepultan? ¿cuántos los pierden? ¿cuántos se valen de ellos para hacerse más infelices? *Todas las cosas cooperan al mayor bien de los que aman á Dios*; mientras todas se convierten en mayor mal de los que le ofenden. Aprovechate de estas verdades; conviértelo todo en provecho tuyo, y nada

pierdas por indevoción, ó por desidia. El cielo, los astros, la tierra, todas las criaturas te predicán la bondad y la liberalidad del Señor: procura que todas esciten también tu humilde reconocimiento. Saca siempre alguna utilidad de todas las criaturas; usa de ellas de modo, que todas contribuyan á tu salvación. La vista del cielo, lo apacible de las estaciones, los servicios que te hacen los elementos, todo te advierte como te has de aprovechar de ellos, según el fin que te propuso el Señor cuando te concedió todos esos bienes. Ya te sientes á la mesa, ya salgas al paseo, ya estés en tu cuarto, haz siempre esta reflexión: *Quid hæc ad æternitatem?* ¿Como me podré aprovechar de esto para salvarme?

2 La Iglesia te ofrece mil medios; no hay que despreciar alguno, porque todos pueden conducir para tu salvación. Asiste siempre á sus sagradas ceremonias con aquel espíritu de religión, que inspira devoción y respeto. Jamás las hagas por bien parecer, ó por mera costumbre. Aprecia mucho los mas mínimos actos de religión y de piedad, que usa la Iglesia. Se desaprobaban ciertas devociones; se criticán ciertos piadosos ejercicios; se trata de simplicidad y de superstición todo lo que ata un poco el amor propio. Imponte una ley de respetar todo lo que se estima en la Iglesia: ceremonias, estaciones, procesiones, usos piadosos, ejercicios santos. Desde que se comenzó á sutilizar tanto, y á criticarlo todo, se nota que la religión se ha debilitado en la mayor parte de los fieles, y que en muchos se apagó enteramente la fe. Imita á los santos, pues nada vas á arriesgar en conformarte con sus ejemplos.

DIA XVII.

MARTIROLOGIO.

SAN ANICETO, papa y mártir, en Roma, el cual en la persecución de Marco Aurelio Antonino y de Lucio Vero, alcanzó la palma del martirio. (*Véase su vida en las de este dia.*)

EL TRÁNSITO DE SAN MAPALICO, mártir, en el Africa, el cual recibió la corona del martirio en compañía de otros muchos, según escribe S. Cipriano en la carta á los mártires y confesores.

LOS SANTOS MÁRTIRES FORTUNATO Y MARCIANO, también en el Africa.

LOS SANTOS MÁRTIRES PEDRO, diácono, y HERMOGENES, su ministro, en Antioquia.

LOS SANTOS MÁRTIRES ELIAS, presbítero, PABLO, é ISIDORO, monges, en Córdoba. (*Véase su noticia en este dia.*)

SAN PANTÁGATO, obispo, en Viena.